

**El intrépido que quiso
utilizar su paraguas
como paracaídas
y algo
salió mal**

“Le salió mal porque no consiguió abrir el paraguas”: habladurías.

“Aunque lo hubiera abierto”: más habladurías. *“Pesaba demasiado, ya entonces”* ... Más y más habladurías. La realidad era otra: una apuesta. Y tampoco esto era cierto del todo. Habían apostado, sí: a sus espaldas, sobre si se rompería una o las dos piernas o una pierna y un brazo o todas las extremidades al mismo tiempo o solo una y la crisma..., combinando así hasta el infinito. Nadie acertó: se le gangrenaron las dos piernas en unas pocas semanas y se quedó sin ellas por encima de las rodillas.

Aquello fue una locura de juventud, un “querer demostrar algo” y demostrarse que arrojándose desde lo alto de la muralla del castillo con su enorme paraguas -parecía una sombrilla de playa de las grandes- este amortiguaría la caída y aterrizaría suavemente. ¿Suavemente? ¡Se dio un testarazo descomunal que, ya sin piernas, lo mantuvo en una silla de ruedas de por vida! Perdió las piernas, pero no el sentido del humor. Tenía tanto, que años después en el respaldo de su silla colgó un cartel en el cual se leía desde bien lejos: *“se venden plantillas nuevas de excelente calidad. Para quien las necesite”*. Los vecinos reían detrás y delante de él. De él y con él. Cambió de silla el día que rodó por los once escalones de su calle y se partió por dos sitios un brazo. Cuarenta días de escayola fueron de gran ayuda para tomar la decisión: ahora, se pasea sentado en una eléctrica que se pilló con el amparo

de una subvención. Hoy, se siente mejor mirado y hasta envidiado. Eso
pregona.

(Nota): Inspirado en un hecho real. Si hay dudas, contactar con el autor.